

Montando la guardia de la revolución mundial

León Trotsky

18 de noviembre de 1918

(Tomado de L. Trotsky, *Escritos militares*, Tomo 1, Ruedo Ibérico, Vesoul (France), 1976, páginas 388-412; también para las notas. Informe leído en la sesión conjunta del Sóviet de Diputados Obreros, Campesinos y Soldados Rojos de Vorónezh, el 18 de noviembre de 1918.)

Permitidme, ante todo, camaradas, expresaros mi alegría por tener la posibilidad de conversar con vosotros en Vorónezh, que nuestros enemigos estaban inclinados a considerar, no hace mucho, como suyo. Esto me permite pensar que Vorónezh permanecerá siempre dentro de la Rusia soviética, y que esta asamblea numerosa, al mismo tiempo que unida (a juzgar por la primera impresión) en una misma disposición de ánimo, es prenda del espíritu que transformará a Vorónezh en una fortaleza soviética inexpugnable.

Porque debemos decir que Vorónezh (uno de los centros más meridionales de la Rusia soviética) se encuentra aún bajo una amenaza evidente, dado que el peligro principal ahora para el conjunto de nuestro país viene del sur, de ese frente tan próximo a vosotros, tras el cual se ocultaban no hace mucho las fuerzas cosacas y alemanas, los recursos y planes alemanes, y donde ahora (a espaldas de los mismos cosacos engañados) se reagrupan las fuerzas y los medios del campo opuesto.

Vivimos en una época que es, ante todo, la época de la política internacional. En los tiempos de “paz”, de “calma”, los problemas de política internacional le parecen al hombre corriente problemas astrales, sin significación práctica alguna para su destino personal. Pero desde hace algunos años hemos entrado en una época donde, a través de los acontecimientos, la suerte de cada ciudadano está ligada, quiéralo o no, no sólo a la de su clase o su país, sino a los destinos internacionales en su conjunto. Este es el mérito, la maldición (como queráis) del capitalismo. El capitalismo ha ligado a los pueblos en un poderoso mecanismo único, al mismo tiempo que enfrentaba entre sí a las clases dominantes de estos pueblos. Podría decirse que el capitalismo, mediante el intercambio internacional, el mercado mundial, ligó a los pueblos entre sí con una cadena para forzados, y que esos pueblos, queriendo acomodarse en los marcos del presidio capitalista (de la economía mundial) se ven obligados a romper esa cadena y, al hacerlo, despedazar sus cuerpos. En esto consiste la actual guerra imperialista. Surgió a partir de las contradicciones entre el carácter mundial de la producción y el carácter nacional de la apropiación, del robo capitalista. La burguesía no pudo dominar esas contradicciones. Al principio, tanto la burguesía de un campo como del otro, acariciaba la esperanza de resolver todos los problemas mediante una victoria militar definitiva. Recuerdo el primer periodo de la guerra, cuando hube de pasar por Europa occidental, los primeros días en Austria-Hungría, después en Suiza, luego en Francia, casi dos años, de donde fui expulsado a través de España (país neutral) a América, justamente en el momento de su entrada en la guerra. Así el destino me dio la oportunidad de observar, en los primeros dos años y medio de la guerra, su reflejo en la conciencia y en la política de las clases burguesas y de las masas obreras de diferentes países. Durante el segundo mes, aproximadamente, de la guerra, tuve ocasión de hablar en Zúrich con uno de los principales conciliadores, Molckenburg. A mi pregunta sobre cómo veía su partido el curso de la guerra mundial respondió, repitiendo la opinión de la burguesía alemana: “En el curso de los dos meses próximos acabaremos con Francia; después, volviéndonos hacia

el este, acabaremos con las tropas de vuestro zar, y al cabo de tres, como máximo cuatro meses, dictaremos una paz sólida a Europa. Tales eran las ilusiones de este socialpatriota.

Desde entonces han transcurrido más de cuatro años. Ahora Alemania muerde el polvo. Y sólo la revolución obrera que está desplegándose puede sacarla del terrible y sangriento callejón sin salida donde la metió la política de la burguesía, defendida por el partido de Molckenburg.

Lo mismo ha sucedido en Francia. Allí los diputados burgueses y los socialpatriotas prometieron la victoria un día tras otro, una semana tras otra, luego un mes y otro mes, y finalmente cada año. Verdad es, podría decirse, que ahora ha sido lograda esa prometida victoria. Francia, junto con sus aliados, ha plantado sus botas sobre Alemania. Sin embargo, en Francia, más acusadamente que en parte alguna, no se encuentra un solo político medianamente inteligente, incluso del campo burgués, que espere resolver con la victoria militar tan sólo uno de los problemas que han provocado la guerra actual. El mismo Jules Guesde, uno de los exjefes de la exsegunda internacional, dijo más de una vez, cuando estaba en su plenitud revolucionaria, que la guerra es madre de la revolución, y ahora entramos en la época en que, siguiendo las huellas de la guerra (a veces demasiado lentamente para nuestra legítima impaciencia revolucionaria), la revolución hija de la guerra avanza con botas de siete leguas, como se decía antiguamente.

Nosotros, la clase obrera rusa, la clase del país más desheredado, hemos sido los primeros en comenzar la revolución. Los primeros, pero no los últimos. Corríamos el riesgo de quedarnos solos. ¿Pero es que teníamos otra salida? Vosotros sabéis con qué mofas fueron acogidas nuestras predicciones sobre la inevitabilidad del desarrollo revolucionario en todo el mundo, y especialmente en Alemania. Pero los hechos están ahí: en resumidas cuentas, nosotros teníamos razón, nosotros que nos apoyábamos en el probado método materialista de investigación de los destinos históricos, método que se aplica en todas las ciencias, método de investigación rigurosa, serena, de los hechos acumulados, a fin de establecer conclusiones que permitan pronosticar correctamente el futuro. Sólo este frío método científico (que por lo demás no estás en contradicción, en modo alguno, con el más ardiente temperamento revolucionario) sólo el marxismo, nos ha permitido no extraviarnos en la situación mundial, comprenderla y predecir la inevitabilidad de la revolución proletaria como resultado de la presente guerra.

Bien entendido, muchos de nosotros la esperábamos antes. Pensábamos que la clase obrera alemana no permitiría a los conciliadores llevarla por la brida tanto tiempo. Todavía hoy miramos con odio hacia la Francia bolsista, y a veces estamos prestos a golpear impacientemente con el pie porque la clase obrera francesa, con ricas tradiciones revolucionarias, soporta tanto tiempo con paciencia la dominación de los Poincaré y Clemenceau. Pero, de todas maneras, en su conjunto, los acontecimientos siguen el curso que habíamos previsto los marxistas. Aquellos rasgos particulares del capitalismo y de la clase obrera de determinados países, que ya conocíamos, se manifestaron y marcaron con su sello el carácter de los acontecimientos y su ritmo.

Sabíamos que la clase obrera alemana, sin pasado revolucionario, necesitaría acontecimientos excepcionales, sacudidas extraordinarias, para salir de los raíles del legalismo sobre los que durante mucho tiempo había sido colocada por la historia. Las sacudidas llegaron y los efectos están a la vista.

Vosotros sabéis que esta última guerra no es más que un gigantesco duelo entre Alemania e Inglaterra. Inglaterra es un viejo país imperialista y colonial, una venerable firma de bandidaje, que gracias a su flota está presente en todos los itinerarios y encrucijadas de las vías marítimas mundiales, sin permitir a los otros piratas mundiales hacerle la competencia. Por eso, precisamente, Inglaterra observaba con odio y rabia inconmensurable que en la Alemania industrial tomaba cuerpo un rival extremadamente

peligroso, en tierra y en el mar. El rasgo característico de la clase obrera inglesa, que se explica por toda la historia del capitalismo inglés (y al cual sólo voy a aludir) es el sentimiento de su situación privilegiada, un cierto aristocratismo. En la segunda mitad del siglo pasado la clase obrera inglesa quedó ligada a los privilegios mundiales de la industria inglesa, la cual ocupaba una posición dominante en el mercado mundial. Desde el momento que esa situación quedó establecida, es decir, desde los años cincuenta-sesenta del siglo pasado, la clase obrera inglesa no ha conocido sacudidas revolucionarias.

El proletariado alemán no las conoció tampoco, pero por otras causas. Alemania entró con retardo en la vía del desarrollo capitalista. Y se desarrolló con enorme rapidez. La industria alemana, incluida la militar, se formó a ritmo acelerado, y a la par de ella se constituía la clase obrera alemana, creando sus sindicatos, su partido político, y concentrando toda su energía en esta dirección. Al mismo tiempo que la burguesía se enriquecía, en Alemania existía de largo tiempo atrás, ocupando una posición dominante, la casta aristocrática, estrechamente aglutinada, excelentemente adiestrada, y no compuesta (a diferencia de nuestra aristocracia) de elementos ociosos, ladrones y dilapidadores de los fondos públicos, sino de cuadros militares y ministros muy activos, que sabían ejercer su dominación sobre las masas populares. La escuela de gestión del estado y sus tradiciones estaba concentrada, justamente, en esa nobleza que a través de guerras por la unificación de Alemania creó las condiciones para el desarrollo de la burguesía. He ahí por qué la burguesía alemana, que en el transcurso de unos cuantos decenios se convirtió en una fuerza gigantesca, decidió dejar los asuntos estatales, y en particular los militares, en manos de la nobleza. La burguesía se decía: “La nobleza tiene un puño sólido, tradiciones de dominio, y sabrá tener embriado al proletariado.” Esta nobleza creó el monstruoso ejército alemán. La potente industria burguesa, que explotaba a los obreros, existía para él. Y a este ejército, fundado sobre esa industria militar, la nobleza le surtió de una sólida casta de oficiales con tradiciones guerreras, una disciplina de hierro y la psicología de los caballeros feudales. La combinación de una industria poderosa y una clase obrera disciplinada, desprovista de tradiciones revolucionarias, dio por resultado esa máquina infernal de exterminación masiva llamada ejército alemán. Este ejército se mantuvo firme contra Inglaterra, contra Francia, contra Rusia y, después, contra el ejército americano. Durante más de cuatro años el ejército alemán aguantó esta presión formidable...

Si se hace abstracción del carácter imperialista de la guerra, si se considera sólo la confrontación militar de los organismos económicos, hay que admirar, ante todo, la formidable potencia de las fuerzas creadas y desencadenadas por el capitalismo. Y éste ha encontrado su expresión más brillante y acabada en el ejército alemán. Vemos, sin embargo, que el militarismo alemán no soportó esa tensión, y no sólo porque le acosaban los poderosos ejércitos de Inglaterra, de Francia y, en los últimos meses, de los Estados Unidos, con sus recursos frescos y enormes; no soportó la presión interna, ideológica, de los nuevos estados de ánimo cuyo heraldo fue la clase obrera rusa.

Y no es un azar sino una especie de voluntad consciente de la historia, si en el aniversario, justamente, de nuestra revolución de octubre ha sido izada en Berlín la bandera roja del sóviet berlinés de diputados obreros y soldados. Mayor satisfacción no podíamos desear ni exigir de la historia.

La revolución alemana marcha, al parecer, a pasos más rápidos que la nuestra. Pero por otra parte sería erróneo esperar que la clase obrera alemana dé rápidamente el salto del viejo legalismo al régimen que esperamos, al régimen de la dictadura comunista.

Jamás ningún pueblo, ninguna clase, se instruyó verdaderamente en los libros, en los periódicos y en la experiencia de otros países.

Es verdad que algo hemos aprendido nosotros de los alemanes. En su momento dijimos que habíamos aprendido mucho de ellos, y es verdad. Pero este mucho, que era útil para la época pacífica, se reveló muy poco al medirse con los grandes acontecimientos. Si la clase obrera rusa pudo aprender verdaderamente algo, lo aprendió en la ruda escuela de su propia lucha directa, en el cuerpo a cuerpo con sus enemigos, durante el cual hizo morder el polvo a un partido tras otro, arrancó el poder de manos de la burguesía, fundó con su sangre su propio estado, y declaró a sus enemigos que habiendo tomado el poder no lo entregaría a nadie. (*Aplausos.*) Ahí, y sólo ahí, en la lucha dura, prolongada e ininterrumpida, es donde se educa la voluntad de llegar al poder y se crea la posibilidad de conquistarlo y de mantenerlo. Jamás, en parte alguna, ha podido la clase obrera aprender en los libros, academias y periódicos, sus tareas fundamentales y los métodos de realizarlas.

Esto concierne también a los obreros alemanes. Crearon sóviets revolucionarios de diputados obreros y soldados, pero es indudable que durante cierto tiempo (esperemos que sea corto) esos sóviets van a oscilar de un lado a otro, van a renquear, cojear. A su cabeza permanecerán los conciliadores, los mismos que son culpables ante el pueblo alemán, en grado superlativo, por las calamidades y humillaciones en que ha sido hundida Alemania. Porque no hay duda alguna de que si en julio de 1914 la socialdemocracia alemana hubiera tenido la decisión, el valor y la clarividencia de exhortar a la clase obrera aunque sólo fuera a una resistencia pasiva en los primeros tiempos, para transformarla después en insurrección abierta, la guerra hubiese sido abreviada en mucho, y tal vez no hubiera tenido lugar. He ahí por qué la responsabilidad principal, como antes hemos dicho, recayó en la socialdemocracia alemana, que era el partido más fuerte. Sin embargo, la clase obrera alemana, aunque ha roto el círculo vicioso de la guerra, sigue llevando a cuestas la superestructura de partido constituida por los jefes de la vieja socialdemocracia. Nosotros tuvimos necesidad de ocho meses para acabar con el régimen de los Kerensky, Tsereteli y otros conciliadores. Para las masas obreras nuestros Kerensky y Tsereteli eran ilustres desconocidos, que en los primeros tiempos se imponían a esas masas, les inspiraban confianza, como representantes de un partido que parecía estar a la cabeza de los obreros. Necesitamos ocho meses para desenmascarar y destruir esa falsa reputación.

En Alemania, David, Ebert, Scheidemann, no son desconocidos. Durante toda la guerra han ido del brazo con el gobierno y con la burguesía alemanes, en calidad de auxiliares y servidores. Pero el peso de la rutina organizacional, del automatismo organizacional, es tan grande que a la clase obrera alemana le cuesta trabajo liberarse del mecanismo de su partido en el momento en que éste se ha liberado del mecanismo del estado. El viejo partido se formó en las anteriores condiciones para resolver las tareas pacíficas de entonces. Creó un enorme aparato de organización. Cuanto más se alejaba de las masas, tanto más rutinarios y anquilosados eran los representantes de ese poderoso partido y del aparato de los sindicatos.

Yo he tenido ocasión de pasar mucho tiempo en Alemania, he visto de bastante cerca a esos jefes, y ahora, a la luz de los nuevos acontecimientos gigantescos, me imagino con claridad cómo y por qué en esos hombres no hubo ni un chispazo de entusiasmo proletario revolucionario, ni átomo de comprensión de lo que es la revolución proletaria, y sí, en cambio, una admiración profunda, servil, por la sabiduría de la edificación estatal parlamentaria, metódica y pacífica. Al destruir la vieja máquina estatal, la clase obrera hizo avanzar a su viejo partido. Scheidemann y Ebert se encontraron ministros de la Alemania revolucionaria pese a figurar entre las gentes que más hicieron para impedir la revolución alemana. Se han hecho “revolucionarios” contra su propia voluntad. Hace sólo mes y medio decían que en Alemania no habría revolución, que los bolcheviques rusos se equivocaban, y se burlaban abiertamente de nuestras esperanzas.

Más aún, el órgano central de la socialdemocracia alemana, *Vorwärts*, escribía no hace mucho que los bolcheviques, al afirmar que en Alemania habría la revolución, engañaban conscientemente a los obreros rusos, les infundían falsas ilusiones. Así hablaban los “jefes” alemanes que, al parecer, debían conocer mejor que nadie las condiciones alemanas.

Nos acusaban de engañar a los obreros rusos, al predecir la inevitabilidad de la revolución alemana, y han resultado ser ellos, pobres retardados y mezquinos, los engañados. Nosotros decíamos la verdad, y esta verdad está ahí, ante el mundo entero. En Alemania hay revolución. (*Aplausos.*)

Como decía al principio, la vida de cada país, de cada clase e incluso de cada persona, depende ahora, en grado tremendo, de la situación internacional. Y en Alemania esta situación internacional es extremadamente difícil. La paz que el gobierno alemán se ha visto obligado a firmar es, en todos los aspectos, más severa e implacable que la que a nosotros nos obligaron a firmar en Brest.

Nuestros Kerensky-Tsereteli acusaron a los bolcheviques de cometer un crimen al firmar una paz atroz. Pero en Alemania los Kerensky-Tsereteli alemanes, es decir, los Scheidemann y Ebert, se han visto obligados a firmar una paz mucho más atroz. Como se ve, la firma de una paz no es cuestión sólo de buena voluntad. Una paz atroz se firma cuando no hay otra salida. Cuando el imperialismo enemigo os coge por la garganta y no tenéis armas en la mano, entonces firmáis una paz atroz. Así tuvimos que proceder nosotros. Y no hay duda alguna que si entonces hubiesen estado en el poder los Kerensky-Tsereteli habrían firmado en Brest una paz diez veces peor. La mejor prueba es que ellos y sus similares entregaron totalmente Georgia, Armenia y Polonia a la arbitrariedad y el pillaje del imperialismo alemán, de la misma manera que mañana entregarán Transcaucasia al imperialismo anglofrancés. Hoy ya tienen lugar conversaciones a este propósito...

La situación de Alemania es sumamente difícil. Puede salvarla lo que debe salvarnos a nosotros: la revolución en el estado enemigo, esta vez en Francia e Inglaterra, el desarrollo, la extensión de la revolución proletaria comunista a escala internacional. Pero para que esto se produzca antes y mejor, es necesario que en Alemania misma la revolución siga progresando por su vía normal: que en sustitución de los cobardes conciliadores (que aspiran a reducir la revolución alemana, cortarle las alas, mantenerla en los marcos burgueses y privarla de la fuerza de agitación que debe desarrollar), que en sustitución de los Scheidemann y Ebert, llegue un gobierno revolucionario dirigido por Liebknecht. Pero aquí se revela la diferencia entre los destinos de Alemania y los nuestros. Nosotros vivimos largo tiempo en las condiciones del zarismo, formándonos en hábitos y tradiciones de ilegalidad revolucionaria, primero entre los populistas y miembros de la Voluntad del Pueblo, luego entre los socialdemócratas. Esta actividad conspirativa, ilegal y revolucionaria, que al principio iba de la intelligentsia clandestina a los obreros avanzados, encontró su expresión más perfecta en el partido comunista.

Cuando llegó el momento en que la clase obrera rusa, bajo la influencia de los terribles golpes de la historia, se puso en pie, no tuvo que comenzar por el principio. Tenía a su cabeza un partido centralizado, aglutinado por los lazos estrechos de su doctrina histórica y de la solidaridad revolucionaria interna; un partido que marchaba con la clase obrera a través de todos los obstáculos y ahora está en el poder. Nuestro partido comunista. En Alemania no hay esto todavía porque allí la energía de la clase obrera se canalizó durante decenios por el cauce del legalismo y del parlamentarismo. Y cuando los acontecimientos lanzaron a la clase obrera alemana a la arena revolucionaria, no encontró un partido revolucionario organizado. Y sigue sin haberlo hasta hoy. La clase obrera ha debido utilizar forzosamente la organización representada por Scheidemann. Pero es

indiscutible que la inadecuación existente entre esta organización, sus hábitos, su psicología, y las exigencias del desarrollo proletario revolucionario, se pondrán de relieve cada día más claramente. Ante la clase obrera alemana se plantea, por tanto, una doble tarea: hacer su revolución y en el proceso de ésta crear el instrumento de esta revolución, es decir, construir un verdadero partido revolucionario. No dudamos que llevará a término esa doble tarea, y ello es una garantía de que la revolución francesa irá al encuentro de la nueva revolución comunista.

Ya nos llegan noticias por radiotelegrafía sobre las grandes huelgas y acciones revolucionarias en Lyon, París y otros puntos. Y en verdad hubiera sido extraordinario que la clase obrera francesa no entrara en acción contra sus enemigos de clase.

Conocemos a la clase obrera francesa por su pasado. Si hay un proletariado con viejas tradiciones revolucionarias es el formado por los obreros franceses que hicieron la gran revolución, después la revolución de 1830, la de 1848, las jornadas de junio y, finalmente, la Comuna. Pero precisamente por haber sido la primera en tomar el camino de la acción revolucionaria, en la clase obrera francesa se creó un cierto aristocratismo político, mientras que en la clase obrera inglesa fue un aristocratismo económico.

Durante largo tiempo el proletariado británico miró por encima del hombro a los obreros de todos los países. Veía en ellos parias, que recibían salarios míseros, vivían medio hambrientos, en países donde reinaba la soldadesca, no practicaban el deporte, etc., etc., mientras que la clase obrera inglesa (es decir, sus capas superiores calificadas) ocupaba una situación de privilegio. De ahí su actitud desdeñosa hacia la lucha revolucionaria. En cambio, la clase obrera francesa se ha considerado, durante muchísimo tiempo, como la única fuerza revolucionaria en Europa, como el mesías llamado a salvar a todos los otros pueblos. Más allá de las fronteras de Francia, pensaba, todo era barbarie y oscurantismo. En Alemania, el absolutismo; en Rusia, el zarismo. Incluso en Inglaterra había rey y lores. En Francia la clase obrera había creado la república y llegaría la primera al socialismo. Así pensaban las esferas superiores de la clase obrera. Y con este aristocratismo revolucionario estaba ligado en la clase obrera francesa el patriotismo. La idea es la siguiente: “Si el káiser nos aplasta perece Francia, único hogar de la lucha revolucionaria. Por eso, salvar Francia sea como sea significa salvar el socialismo.” Las altas esferas de la clase obrera francesa se resignaron a que el gobierno francés concluyera una alianza con Rusia, es decir, apoyara al zarismo. Claro está, hubo también oposición, pero las grandes masas fueron engañadas, adormecidas, cegadas, por la consideración de que el peligro del absolutismo alemán era demasiado grande y la alianza con el imperio ruso constituía la única salida a la situación. Si no, los jenízaros teutones destrozarían a Francia y estrangularían así la revolución socialista. Sólo poco a poco, en la experiencia misma de la guerra, los obreros se convencieron de que ambos campos eran igualmente enemigos del proletariado. En las trincheras francesas se elevaron cada vez más frecuentemente voces amenazadoras. Es verdad que Clemenceau, combinando la mentira patriótica con la persecución policiaca, logra aún sujetar a los obreros franceses. Pero ahora, cuando la vieja Alemania imperialista yace por tierra, cuando la clase obrera francesa no está amenazada por ningún peligro exterior y, al contrario, su burguesía constituye la peor amenaza, un peligro mortal, para otros pueblos, aunque sea cierto que esa burguesía está al servicio de la burguesía inglesa y americana; ahora, podemos estar seguros de que la respuesta a la aparición de los consejos de diputados obreros y soldados en Alemania y en Austria-Hungría será, sin tardar mucho, las barricadas en París.

Es muy posible que al proletariado francés se adelante la clase obrera revolucionaria de Italia. El partido socialista italiano, como sabéis, ha pasado con honor la prueba de la guerra actual. La razón de ello consiste, por un lado, en que el partido italiano se depuró de elementos oportunistas antes de la guerra, y, por otro lado, en que la

burguesía y la monarquía italianas necesitaron cerca de nueve meses para pasar del campo de los imperios centrales al campo de los países de la Entente, y entrar en guerra al lado de Francia y Rusia. En esos nueve meses el partido italiano pudo convencerse, a la vista de la experiencia de los otros países, de hasta qué grado de desmoralización y prostitución conduce la política de unión “nacional” de socialistas y capitalistas. Estas circunstancias hicieron posible que el partido italiano tomara la iniciativa de convocar la conferencia de Zimmerwald¹.

El joven proletariado italiano se distingue por su temperamento fogoso y más de una vez ha convertido en barricadas revolucionarias los adoquines de las calles italianas. Todas las informaciones que nos llegan de Italia testimonian que está poniéndose al orden del día un enfrentamiento decisivo entre el proletariado y la burguesía. En la península de los Apeninos la revolución proletaria cuenta con uno de sus destacamentos más combativos y sólidos.

Las cosas no son muy diferentes en lo que concierne a Inglaterra. Es verdad que Inglaterra está acostumbrada a mantenerse al margen de Europa. La burguesía ha educado al pueblo inglés en la creencia de que el continente es una cosa e Inglaterra otra. El gobierno inglés intervino en las pasadas guerras europeas sosteniendo con dinero, y en parte con la flota, al contendiente más débil, hasta el momento preciso en que quedaba restablecido el equilibrio continental. En esto consistió durante siglos toda la política mundial de Inglaterra: dividir Europa en dos campos y no permitir que uno de ellos se fortaleciera a costa del otro; Inglaterra sostenía a sus aliados como la soga sostiene al ahorcado: de modo a poder apretar el nudo mediante la imposición de toda clase de obligaciones, a fin de agotar con las guerras no sólo a sus enemigos sino a sus “aliados”. Pero esta vez las cosas no resultaron así. Alemania se fortaleció demasiado, se mostró demasiado potente, e Inglaterra tuvo que entrar ella misma en la guerra, comprometerse profundamente, y no sólo con dinero sino con sangre humana. Y como suele decirse: “La sangre no es agua”. Esta intervención de la burguesía inglesa tendrá consecuencias. Se ha acabado para siempre la situación privilegiada de Inglaterra, profundamente socavada ya por la concurrencia alemana. El obrero inglés de las Tradeunions se decía: “Aquí no hay militarismo, en nuestra isla yo soy un ciudadano libre. En la flota no hay más que unas cuantas decenas de miles de marineros contratados a sueldo, y es todo.”

Ahora el militarismo ha agarrado por el cuello a ese proletario “libre” de Inglaterra y lo ha despachado al territorio europeo. La guerra ha provocado un aumento espantoso de los impuestos y de los precios. Todo esto ha quebrantado hasta la raíz la anterior situación económica “privilegiada” de la clase obrera inglesa, incluso de su capa superior. Cuanto más privilegiado se consideraba antes el proletariado inglés, tanto más insoportable es para él la conciencia de la catástrofe. La economía de Inglaterra ha sido devastada, arruinada. Es enorme la cantidad de inválidos. Todo es resultado de la guerra. Creer que Inglaterra, después de la victoria sobre Alemania, puede abolir su militarismo o limitarlo sustancialmente, sería un craso error. Mañana, el más fuerte enemigo de Inglaterra serán los Estados Unidos. Ya hoy

¹ La Conferencia de Zimmerwald fue convocada en Suiza, en septiembre de 1915, por iniciativa de los socialistas italianos. Tomaron parte en ella representantes de los grupos de internacionalistas de varios países. El ala radical de la conferencia, encabezada por el camarada Lenin, lanzó un manifiesto a todos los proletarios, en el que llamaba a los ejércitos que luchaban por fines imperialistas a volver las armas contra sus propias burguesías. De entre los actuales líderes del partido comunista ruso tomaron parte en esa conferencia los camaradas Lenin y Zinóviev. La segunda conferencia de internacionalistas revolucionarios se celebró en Kienthal del 24 al 30 de abril de 1916. Esta unión continuó existiendo hasta el Primer Congreso de la Internacional Comunista en 1919. [En nuestras EIS, la serie [Zimmerwald y Kienthal. I y II Conferencia Socialista Internacional](#), también puede verse en nuestras [OELT-EIS: Zimmerwald y Kienthal.](#)]

existe entre ellos un profundo antagonismo. Ante el proletariado inglés sólo quedan dos posibilidades: o la degeneración económica y social o la revolución social.

Es verdad que existe el prejuicio de que el proletariado inglés no tiene temperamento revolucionario. Hay una teoría, subjetivamente nacionalista, según la cual la historia de un pueblo se explica por el temperamento nacional. Pero es una ineptia. Así juzgan y escriben los charlatanes superficiales de los medios burgueses, que observan a los ingleses únicamente en los restaurantes de lujo suizos o franceses. Allí observan a la sedicente crema de la sociedad inglesa, y pretenden hacer pasar a los representantes de esa capa (que han ido degenerando de generación en generación, perdiendo vitalidad y voluntad de vivir), como representantes de la nación inglesa.

Pero quien conoce la historia del pueblo inglés y de la clase obrera inglesa, la historia de las revoluciones inglesas del siglo XVII y del cartismo inglés en el XIX, sabe que los ingleses llevan también su “diablo en el cuerpo”. En más de una ocasión han cogido la estaca para emprenderla contra los opresores. Y no hay duda que pronto la cogerán contra el rey, contra Lloyd George y los lores, contra la astuta y cruel, inteligente y pérfida burguesía inglesa. Los primeros truenos de la gran tempestad resuenan ya sobre las Islas británicas.

Al parecer, el peligro que nos amenaza más grave y duraderamente viene de América y del Japón. Veamos lo que nos espera del lado de América.

Los Estados Unidos son un poderoso país capitalista, que ha entrado en la guerra después que los pueblos europeos se han agotado combatiendo entre sí durante casi tres años. En los meses críticos de enero y febrero 1917 yo estaba en América y observé la fase preparatoria de la entrada de los Estados Unidos en la guerra. Tal vez recordáis que nuestra prensa patriótica, lo mismo que la prensa de todos los países de la Entente, escribía entonces que el noble presidente Wilson, indignado por las atrocidades y crímenes del militarismo alemán, en particular por la guerra submarina, el hundimiento de barcos de pasajeros, etc., etc., arrojó al fin su espada en la balanza de la lucha mundial “para que la virtud predominara sobre el vicio.” En realidad, las cosas eran mucho más prosaicas de como las presentaba la prensa burguesa.

Desde el principio de la guerra América adoptó respecto a los dos campos la misma actitud que en las guerras anteriores adoptó Inglaterra respecto al continente. Actuó en ese sentido por medio de diversas combinaciones y alianzas diplomáticas. Ya he dicho que Inglaterra dividía a Europa en dos partes hostiles; ella quedaba en su isla diciéndose: “que se debiliten mutuamente, yo apoyaré a los más débiles para que no me aparezcan concurrentes demasiado peligrosos.” Cuando Alemania se fortaleció demasiado, Inglaterra tuvo que pasar al campo de los enemigos abiertos de Alemania. Entonces América, en su isla gigantesca, al otro lado del “gran charco” (como los americanos llaman al océano) se puso a la expectativa, diciéndose: “Europa, junto con Inglaterra, está dividida en dos campos. Nosotros, americanos, vamos a observar por ahora cómo se desangran y agotan recíprocamente. Mientras observamos, no vamos a quedarnos cruzados de brazos, nos ocuparemos en la medida de lo posible de los *business*, de las ganancias. Venderemos dinamita, obuses, fusiles, a uno y otro campo, y así obtendremos por nuestra neutralidad buenos intereses capitalistas.”

He aquí cuál fue, inicialmente, la política de la burguesía norteamericana. Desde el comienzo, el “honrado” comerciante americano dirigió, como vemos, la política del “honrado” presidente Wilson. Con su honesta dinamita se introducía en los dos campos ofreciéndola a las partes combatientes a los más honestos precios usurarios. Pero Inglaterra declaró el bloqueo y dijo a América: “No, tu dinamita no la llevarás a Alemania.” Inmediatamente se produjo una gran tensión en las relaciones entre Inglaterra y América. Wilson tomó la palabra ante la Bolsa americana: “Se escarnece a la justicia y

se ultraja a la libertad de los mares, no se deja que llegue a Alemania la honesta dinamita americana.” Claro está, toda la Bolsa, toda la industria de guerra, hirvieron de virtuosa indignación contra la Inglaterra que había establecido el bloqueo. Hubo reuniones agitadas de los magnates de la industria bélica y de la banca con los diplomáticos, y allí se examinó la cuestión de declarar o no la guerra a Inglaterra. El neutral Wilson objetó: “Ahora estamos cortados de los imperios centrales por el bloqueo. Si rompemos con Inglaterra perderemos también para nuestra industria militar los mercados anglofrancés, ruso e italiano, y nos quedaremos con un palmo de narices.” Los intereses de la industria y del comercio americanos exigían que Wilson se mantuviera neutral porque ello permitía al comerciante americano exportar sus mercancías, en cantidad colosal, a los países de la Entente.

En efecto, el comercio exterior de los Estados Unidos durante la guerra se incrementó en dos veces y media. Ya no era el viejo comercio, cuando se exportaba trigo, máquinas y, en general, productos necesarios para la existencia humana. Ahora se trataba, casi exclusivamente, de material militar. Armas de exterminio, fundamentalmente. Así es como la neutralidad de Wilson permitía a la industria americana realizar excelentes negocios.

Pero he aquí que Alemania, para contrarrestar la acción inglesa, desencadena la guerra submarina sin restricción. Esto ocurría en enero de 1917. La situación era la siguiente: América entera estaba cubierta de fábricas de armamento que contaban con el mercado europeo. El bloqueo inglés las cortaba de los imperios centrales, y después el bloqueo submarino alemán amenazaba con cortarlas de Inglaterra, Francia, Rusia, Italia. Como es natural, la copa de la paciencia de la industria de guerra se desbordó, y con ella la del “neutralismo” y el “pacifismo” de Wilson.

Olvidé decir que Wilson era un apóstol del “pacifismo”, es decir, de la coexistencia pacífica de los pueblos, mientras esta idea sirvió de pabellón comercial para la dinamita “neutral” americana. Pero desde el momento que los dos bloqueos se cruzaron en su camino, el gran apóstol de la hipocresía, Wilson, comenzó a pensar que había llegado el momento de intervenir. La burguesía americana no le dejaba mucho tiempo de reflexión. Le decía: ahí están la torre de Babel de la industria de guerra, el Monte Blanco de obuses y municiones que hemos creado para Europa. ¿Qué hacemos con ellos? Wilson abrió los brazos y declaró que no había inventado ningún remedio contra la guerra submarina. Le respondieron: “Tú debes hacerte cargo de estas mercancías para el estado americano. Si no puedes transportarlas a Europa, paga por ellas con los recursos del obrero y del granjero americanos.”

He ahí la fuente del militarismo americano, engordado monstruosamente en muy poco tiempo. La industria americana preparó ese militarismo para exportarlo a Europa, pero después desbordó sobre el pueblo americano y éste fue obligado a absorberlo él mismo, en América. Por tanto, la intervención de Wilson en la guerra estuvo determinada, de un lado, por el deseo de estrangular a Alemania, y con ella a Europa entera, y, de otro lado, por los intereses usurarios directos de la industria de guerra americana. Ahí tenéis los principios morales del viejo santurrón Wilson.

Pero semejante experiencia no ha pasado sin dejar huellas en la clase obrera americana, la cual poseía algunos rasgos que la emparentaban con la clase obrera inglesa. En los dos casos los sindicatos son conservadores. La capa superior de la clase obrera americana se consideraba aún más aristócrata que la inglesa. La clase obrera inglesa tiene rey, castas nobles, lores; nada de esto en el caso de la clase obrera americana. Los Estados Unidos son una república “libre” federal, con muchas tierras, mucho trigo, etc.

Todo esto pasó a la historia para siempre. Ya no existe. De la sedicente república federal libre no queda nada. La guerra acabó con ella. En los Estados Unidos de América

tenemos ahora un país imperialista, militarizado y centralizado. El poder del presidente americano no le cede en nada al de cualquier rey o zar. Durante la guerra el presidente americano, en tanto que voluntad ejecutiva del capital financiero, concentró en sus manos todo el poder sobre las cuestiones decisivas, de vida y muerte, de guerra y paz. Allí se ha creado un militarismo a escala verdaderamente americana. Las condiciones de vida de las masas han empeorado radicalmente.

Yo pude observarlo con mis propios ojos, antes incluso de que América entrara abiertamente en la guerra. Toda la energía del pueblo trabajador estaba encauzada, no a la producción de artículos necesarios para la existencia, de artículos de consumo, sino a la producción de instrumentos de exterminio. Los precios de los artículos corrientes alcanzaron niveles nunca vistos en América.

En enero y febrero de 1917, cuando en todas las estaciones y puertos del este del país se acumularon masas colosales de material militar, formándose nudos de estrangulamiento en todos los ferrocarriles, los precios de los artículos de primera necesidad dieron un salto demencial. En New York he visto cómo decenas de miles de madres de familia se echaban a la calle, manifestaban, asaltaban tiendas, derribaban puestos. Fue un movimiento violento, caótico: el primer signo premonitorio de las futuras sacudidas sociales.

Llegamos así a la conclusión de que en América la guerra preparó todas las premisas materiales e ideológicas para la intervención revolucionaria de la clase obrera americana.

Y esta clase obrera, camaradas, no está hecha de material malo. La clase obrera americana se formó con elementos de las más diversas nacionalidades que no eran, ni mucho menos, los peores de ellas. ¿Quién fue a América? Fueron, desde hace mucho tiempo, obreros insumisos y campesinos adeptos de sectas perseguidas en su patria. Emigraron allí decenas de miles de obreros y campesinos después de cada insurrección y revolución aplastadas: de Alemania y Austria después de la derrota de la revolución de 1848; de Francia, después, también, de la revolución de 1848 y de la Comuna de 1870. En los años siguientes a 1905 gran cantidad de obreros avanzados, de las nacionalidades oprimidas por el zarismo y de nacionalidad rusa, marcharon de Rusia a América. Eran fuerzas revolucionarias, combativas, que cruzaban el océano. Es cierto que allí encontraban condiciones para ganar más y vivir mejor que en su antigua patria. Pero la guerra ha destruido esos privilegios y ha cogido a ese excelente proletariado en las tenazas insoportables del imperialismo. Podemos estar seguros que esas tenazas serán rotas y el proletariado americano mostrará todas sus cualidades revolucionarias.

Allí se han establecido franceses de la Comuna, organizadores alemanes, bolcheviques rusos. Nuestros camaradas bolcheviques desempeñan un gran papel en las organizaciones revolucionarias. La combinación de estos ingredientes dará indudablemente a la revolución americana una envergadura americana. Dos palabras, camaradas, sobre el Japón.

El Japón es el país que conocemos peor. Figura en el Extremo Oriente como una especie de Inglaterra asiática. Si Inglaterra es el perro de guardia del continente europeo, Japón lo es del asiático, al cual quiere moldear y remodelar según sus intereses y deseos. De manera aún más dominadora y bárbara que Inglaterra lo hizo con el continente europeo durante siglos.

Pero los tiempos son otros. Japón tomó ese camino demasiado tarde para poder ocupar la posición de hegemonía, de mando y de dictadura económica, sin la cual la burguesía no puede mantener sujeta largo tiempo a la clase obrera.

Justamente en los últimos meses nos han llegado informaciones del Japón indicando que allí se ha desarrollado un poderoso movimiento huelguístico

revolucionario, englobando a cerca de dos millones de trabajadores, bajo la consigna “arroz y paz”. Es nuestra misma consigna, sólo que para los japoneses el arroz es el pan; la consigna de nuestra clase obrera, agotada por el militarismo y la guerra. El Japón, como sabéis, se distingue por una gran capacidad de asimilación e imitación. No se trata de un rasgo nacional natural, especial; es la peculiaridad de una nación que entró más tarde que otras en la vía del desarrollo mundial y se vio obligada a alcanzar a los otros pueblos a paso de carga. Por eso desarrolló en sí misma la capacidad de imitar a los otros, de asimilar sus hábitos, métodos, técnicas. Semejantes pueblos aprenden antes a *hacer* a la europea que a *pensar* a la europea.

La burguesía japonesa tiene aún la cabeza completamente sumergida en las viejas supersticiones feudales, en las concepciones de clan y de casta, en los prejuicios de esa casta de samuráis, en las antiguas religiones “paganas”, etc., etc. Pero con sus manos sabe ya obtener beneficios con todos los métodos de la contabilidad capitalista.

Desde el punto de vista de la conciencia es indudable que también la clase obrera japonesa retarda respecto a su propia práctica. En general, camaradas, ¿qué es la conciencia? Es la cosa más perezosa, pese a tratarse del psiquismo humano. Como subjetivistas que eran, nuestros socialrevolucionarios consideraban que todo se mueve por la conciencia. No es cierto. Si realmente la conciencia de los hombres fuera un factor de vanguardia no habría habido esta maldita guerra, estas humillaciones y crímenes.

¿Acaso todo esto no estaba escrito ya en los libros? Todo había sido previsto, hasta el último detalle. Quiere decirse que si la conciencia impulsara a los hombres hace tiempo que hubieran enviado al diablo a sus clases dominantes. ¿Por qué no ha sido así? Porque, de hecho, la conciencia es el factor más perezoso de toda la historia. Hace falta que los factores materiales exteriores presionen, golpeen a los pueblos y las clases por la espalda, en la nuca, en las sienes, para que esa maldita conciencia se despierte y marche renqueando tras los hechos.

Todo esto se refleja claramente en el ejemplo del Japón, precisamente porque en virtud de su situación el Japón se ha visto obligado a introducir en él, en plazos brevísimos, las armas europeas, so pena de ser aplastado. Las armas requieren fábricas. Las fábricas, técnica. Y ahí tenéis al Japón montando a toda marcha su técnica, su ciencia, su industria. El lado filosófico de la conciencia, el domino político, crítico de la conciencia no se desarrolló paralelamente, no alcanzaba a seguir ese ritmo, y los japoneses (en su masa) siguen estancados en la barbarie ideológica medieval. Pero el salto adelante a partir de esta situación es inevitable.

Nosotros nos imaginamos la clase obrera japonesa como una clase atrasada. Y es verdad. Tomada en su masa es atrasada en alto grado. Pero ayer todavía se nos decía de la clase obrera rusa: “Vosotros creéis que en Rusia no sólo habrá la revolución sino la dictadura de la clase obrera. Pero el proletariado ruso es muy atrasado. Está lleno de prejuicios campesinos.” Nosotros respondíamos: “Si contamos sólo con la actual conciencia del proletariado, tomado en su conjunto, vuestra crítica es evidentemente justa. Pero hay una lógica objetiva, la lógica de nuestra industria centralizada, la lógica del zarismo ruso, la lógica de la naturaleza contrarrevolucionaria de la burguesía rusa y la de la nulidad de la pequeña burguesía democrática, la lógica de la situación internacional. Esta lógica exterior, objetiva, se convierte en bastón histórico que aguija a la clase obrera rusa, incluso contra su conciencia en las primeras fases, sobre el camino de la toma del poder.,

Tuvimos razón. Y lo mismo puede decirse de la clase obrera japonesa, que entró más tarde todavía en la vía del desarrollo histórico y se ve obligada a desarrollarse más rápidamente. Esos tres millones de obreros que hacen huelga con la consigna “pan y paz”, viven un momento de su evolución que reúne nuestro 1903, cuando conocimos el primer

movimiento huelguístico espontáneo de envergadura, nuestro 1905, cuando la revolución fue todavía a inclinarse ante el zar, e incluso el comienzo de la revolución de 1917, cuando nuestros obreros y obreras exigían pan y paz. Todo esto unido en un todo.

La rapacidad de la burguesía japonesa, su furor militarista, se intensificarán cada vez más porque actualmente la amenaza más peligrosa para el Japón está representada por los Estados Unidos. América no tenía antes ejército; ahora tiene uno formidable. Su flota se fortalece. En comparación con América, Japón es pobre, pero se ve obligado a crear sobre su pobreza un ejército potente, y por consiguiente a explotar sin piedad a sus obreros, arrancándoles hasta el pellejo. He ahí los factores objetivos que indican la inevitabilidad de la revolución japonesa.

En muy poco tiempo la burguesía japonesa ha alcanzado, más o menos, en cuanto a la técnica de la producción y la técnica del pillaje, a la burguesía europea. A la clase obrera japonesa le corresponde ahora alcanzar a la clase obrera europea en el dominio de la técnica de la revolución proletaria.

De este rápido examen (necesariamente breve) que acabo de hacer del movimiento obrero de diferentes países se desprende, camaradas, que en todas partes la guerra ha puesto al descubierto hasta la raíz el antagonismo de las clases, del cual la clase obrera no tiene plena conciencia en tiempos de paz porque no es tan perceptible para ella.

Ahora ese antagonismo está desvelado. Y ante los obreros de todos los países se presenta esta alternativa dramática: o ser aplastados por la historia o tomar en sus manos el poder estatal. He ahí por qué la guerra es madre de la revolución.

Aún en el supuesto de que América y el Japón queden atrás, mientras toda Europa queda envuelta en las llamas de la revolución social, no podrán estrangularnos.

Si la clase obrera alemana da un paso adelante (y lo dará), toma el poder, expropia a su burguesía y se pone a organizar una economía comunista, será mil veces más fuerte que nosotros por su organización y su técnica. Nuestra alianza con ella (la alianza de la Rusia soviética con la clase obrera alemana comunista, o la alianza de la Rusia soviética con la Alemania soviética) será una fuerza tal que contra ella se estrellarán todas las olas de la contrarrevolución europea y mundial.

En lo que se refiere a estas perspectivas esenciales del periodo próximo, nuestras cosas, camaradas, no pueden ir mejor.

Todo lo que nosotros, revolucionarios de la vieja generación, hemos pensado durante decenios, todo lo que deseábamos y esperábamos, se ha realizado.

Pero sería una equivocación enorme, camaradas, sacar de ahí conclusiones demasiado optimistas, como decir, por ejemplo, que tenemos la revolución comunista en el bolsillo. ¡No, eso no! Aún no ha sido liquidado el peligro que amenaza más gravemente a la revolución, y ante todo a la Rusia soviética. Aún no ha sido destruido el imperialismo.

Hasta hace poco ese peligro lo representaba Alemania. Ahora la Alemania imperialista ha desaparecido de la escena. Pero ello no significa que el peligro sea menor.

Ahora todo el mundo, en el sentido más riguroso del término, se ha dividido en dos: los bolcheviques y los otros. Comienza la lucha final, una lucha a muerte.

No es, camaradas, una frase de agitación; es la realidad auténtica. Tomad la prensa de todos los países, la prensa burguesa, la prensa gubernamental, la prensa conciliadora, y veréis que no hay problema que no sea analizado bajo ese ángulo: qué significación puede tener la solución que se le dé para la lucha contra el bolchevismo.

Cuando en el curso de los últimos días se discutía en Alemania si había que concluir o no la paz después del derrocamiento de Guillermo, unos decían que debía hacerse la paz inmediatamente porque la paz, en sí misma, es un gran bien, y ella sola, por penosa que fuera, permitía reducir a los elementos revolucionarios, dar cuenta del bolchevismo naciente. Otros decían que no debía concluirse la paz porque toda vacilación

es mortal: “Si temblamos ante el imperialismo inglés mostramos que somos débiles. La clase obrera alemana se dará cuenta y el bolchevismo encontrará base para desenvolverse.” El pensamiento burgués o conciliador no vive ahora más que para la lucha contra el bolchevismo, es decir, contra el comunismo, y lo mismo sucede con la política y la estrategia de las clases dominantes en Europa y en el mundo entero. Se trata de un hecho de significación colosal. En primer lugar, con ello se reconoce a nuestro partido como fuerza histórica dirigente, y, en segundo lugar, en ese hecho vemos reflejarse el desconcierto, la incertidumbre, el miedo, de las clases dominantes de todos los países. Lo cual es una condición importante de nuestro éxito. Pero hasta el éxito total pueden pasar aún algunos años, tal vez meses si las cosas van muy bien. Pero en una época como ésta pueden ocurrir grandes acontecimientos, de uno u otro signo.

Recordad que hace sólo ocho, siete, seis meses, el imperialismo alemán dictaba su voluntad al mundo y nosotros estábamos por los suelos. Comparad aquello con lo que ahora sucede. ¡Qué transformaciones grandiosas! La historia no trabaja ahora sirviéndose de pequeños instrumentos bien afilados; ahora trabaja a golpe de martillo, a mazazos gigantescos que asesta sobre la cabeza de las clases, de las naciones, de los pueblos, de los estados, hundiéndolos a unos y elevando a otros. Y en esa gigantesca labor un golpe de maza puede caer también sobre nosotros. No lo olvidéis, camaradas.

El entusiasmo revolucionario no consiste en cerrar los ojos ante el peligro. El peligro existe, y nos amenaza de manera particularmente neta en el frente sur. No proviene de Krasnov, ni de Denikin, sino del imperialismo anglofrancés, al que Krasnov y Denikin pueden servir de base de partida.

Vosotros sabéis qué cambio de orientación se produce actualmente en todos los países neutrales u ocupados, en aquellos que hace poco iban a remolque de Alemania, y en aquellos cuya burguesía, muy recientemente aún, lamía las botas de Guillermo; todos proclaman ahora bien alto que el verdadero responsable de la guerra es el káiser alemán, y todos se transforman en vasallos del militarismo anglofrancés. Ni que decir tiene que, si ayer todavía Turquía se batía contra Inglaterra y su agente Bicherakov, éste marchará mañana contra nosotros junto con las tropas turcas.

Krasnov y Denikin eran enemigos porque Krasnov recibía sus dineros de la Alemania de Guillermo y Denikin de Lloyd George y Clemenceau. Ahora este antagonismo, sin base alguna de principios (las monedas inglesas y francesas tienen idéntico sonido), desaparece; Krasnov se une con Denikin, a sueldo del imperialismo anglofrancés.

Skoropadski, en Ucrania, estaba al servicio del gobierno alemán. Ahora se ha juntado con Rumania, la cual se pasó antes de los Aliados a Alemania, y ahora por el mismo camino, por la misma puerta, pasa de Alemania a los Aliados imperialistas. Todos se unen y reajustan su frente contra nosotros. Todo lo que queda en pie en la península balcánica será dirigido también, claro está, contra la Rusia soviética.

Los intentos de estrangularnos a partir del frente norte no han dado, hasta ahora, ningún resultado. No puede excluirse, naturalmente, la eventualidad de que el frente norte se reavive en la primavera, si entretanto no se producen en Inglaterra y Francia acontecimientos importantes. Pero por ahora, durante los meses de invierno, no nos amenaza peligro alguno desde el norte.

Tampoco es de esperar ninguna amenaza desde el este.

Hemos limpiado el Volga. En el Ural las cosas van más despacio, tal vez, de lo que sería deseable, pero progresan firmemente. Es de esperar que Ufa y Orenburg sean nuestros en el futuro más inmediato (*Aplausos.*)

En lo que concierne al antiguo frente del oeste, es decir, Alemania, allí se han agrupado estos últimos tiempos los guardias blancos. Cerca de Pskov se ha formado el ejército del general Dragomírov, que debe amenazar Petrogrado.

En toda la zona occidental el militarismo alemán había creado contra nosotros fuerzas contrarrevolucionarias, así como en Ucrania. Ahora, desde la revolución alemana, esas fuerzas han quedado en el aire, y como es natural la única conclusión que podíamos sacar de la revolución alemana era declarar nulo el tratado de Brest-Litovsk. (*Aplausos.*) Lo cual significa que no será Dragomírov quien marchará desde Pskov, desde Vilna, contra nosotros, sino que alguien marchará con la bandera soviética sobre Pskov, Vilna, Riga y todos los centros de las regiones ocupadas. Para nadie es un secreto que en todas esas regiones nuestro partido está a la cabeza de los obreros y, en medida importante, de las masas campesinas; no es un secreto que el poder soviético no permanecerá inactivo en esa lucha que ya ha prendido allí y que mañana prenderá con todo vigor en Ucrania.

Ahora esta lucha pierde todo aspecto de lucha entre nosotros y Alemania. Letonia, Polonia y Lituania libres, Finlandia libre, lo mismo que, por otro lado, Ucrania libre, no serán ya una cuña sino un eslabón de unión entre la Rusia soviética y las futuras Alemania y Austria-Hungría soviéticas. Es el comienzo de una federación, de la federación comunista europea, de la unión de las repúblicas proletarias de Europa.

Por consiguiente, nuestro frente occidental no encierra ya ningún peligro. Al contrario, iremos allí a completar nuestro trabajo y pondremos a Rusia en los límites que corresponden a la voluntad de las masas populares que pueblan el antiguo imperio zarista.

Pero el frente sur sigue siendo un frente amenazador. Aquí, camaradas, podría crearse un nudo fatal. A través de Ucrania y de Transcaucasia, Alemania aspiraba a las posesiones inglesas de Asia. Por ahí pasaba la presunta gran ruta imperialista de Alemania. Ahora la Alemania imperialista está derrotada. Pero por esa ruta marchan ya los ingleses y franceses, agrupando en torno a sí todos los elementos contrarrevolucionarios. Turquía, Ucrania, los cosacos del Don, las nacionalidades transcaucásicas, todos estos componentes, o más exactamente sus clases burguesas, serán agrupados, fundidos en un todo con un solo cemento: el odio de clase frente a la revolución proletaria comunista.

Vosotros habéis leído que en las aguas del Bósforo, bajo los muros de Constantinopla, han aparecido ya los primeros barcos, y la radio comunica que decenas de gallardetes anglofranceses aparecerán pronto en el mar Negro y en Odesa, en Sebastopol y en Novorosisk. Con esto se relaciona la cuestión del desembarco en las costas del mar Negro y la del movimiento sobre Ucrania. Claro está que las cosas no irán tan rápidas como se dice. Desembarcar unas decenas de miles de soldados anglofranceses no es nada. Alemania, junto con Austria-Hungría, tuvo que mantener en Ucrania medio millón de soldados, únicamente para poder conservar los nudos ferroviarios e impedir la explosión de un país que se encontraba en permanente estado de ebullición. Era un semiorden provisional que permitía a las tropas alemanas saquear a los campesinos ucranianos. Los anglofranceses necesitarían, ni más ni menos, un ejército parecido, porque las simpatías de los campesinos y obreros ucranianos hacia esos liberadores no serían más calurosas que hacia los soldados alemanes. Y no se trata únicamente de Ucrania sino de toda Rusia. Ciertamente que la guardia blanca alemana y la burguesía ucraniana les ayudarán. Los cuadros de la burguesía granrusa y de los imperialistas granrusos acudirán a Ucrania y ayudarán también a los agresores anglofranceses.

Ciertamente que esa empresa exige no ya días, o semanas, sino meses. Pero el peligro es grande, sobre todo porque los Aliados tienen ahora las manos libres. El aplastamiento de Alemania ha liberado grandes fuerzas.

Es verdad que ha aumentado la amenaza de revolución en toda Europa, pero esta revolución no es aún realidad, sólo comienza. Se producirá, pero todavía no existe. Y hay que tener en cuenta la situación actual. Quiere decirse que hoy por hoy disponen de la posibilidad material de lanzar grandes fuerzas sobre Ucrania.

Nuestra salvación reside en no dar al imperialismo anglofrancés la posibilidad de empalmar con la contrarrevolución rusa.

Las tropas alemanas forman sus sóviets en toda Ucrania y o bien se marchan espontáneamente a su país, o bien pasan a nuestro lado, dejándonos las armas. Pero si las tropas alemanas se van, otras quieren venir y ya golpean a la puerta. Hemos de aprovechar ese momento, cuando los unos se marchan y los otros quieren venir, para interponernos entre ambos y proclamar, junto con los obreros y campesinos ucranianos que “Ucrania es también nuestro hogar soviético”, cerrar bien la puerta con llave y decir a la canalla extranjera, alemana e inglesa: “¡Aquí no se entra!” (*Aplausos*).

Camaradas, ahora toda la historia se concentra para nosotros, como en un ovillo, en esta cuestión. ¿Sabremos, podremos hacerlo? Si no sabemos, yo no diré que perecerá la revolución, porque la revolución mundial no puede perecer. Hubo la Comuna de París, que fue aplastada. Hubo 1905, cuando fuimos nosotros los aplastados. Sin embargo, nos levantamos. Si nos aplastasen otra vez la revolución se levantaría de nuevo sobre nuestros huesos. Pero nosotros no nos resignamos a la idea de que a fin de cuentas venceremos, al cabo de 25 o 50 años, sino que queremos vencer nosotros mismos, todos los aquí sentados, nuestra generación, que habiendo tomado el poder no está dispuesta a entregarlo. Esta es la cuestión. (*Aplausos*.)

Debemos resolver el problema que nos ha planteado la historia. Justamente por eso el Comité Central Ejecutivo ha declarado que nuestra república soviética debe transformarse en un campamento militar. Ante nosotros no hay tarea más imperativa, más obligatoria, más urgente, que la lucha armada en el frente sur.

A veces tropezamos con el espíritu administrativo limitado de nuestros cuadros soviéticos, con su conservadurismo profesional. A mí me envían a menudo telegramas con quejas porque nuestra máquina militar estorba diversas tareas de carácter cultural. Lo sé perfectamente. La máquina militar, que consume muchos medios y fuerzas, funciona a menudo de manera torpe, bárbara, grosera. Está a la vista y estoy dispuesto a reconocerlo. Pero por desgracia, camaradas, es la consecuencia de que nuestra lucha es una lucha a muerte, y de que la guerra es un duro oficio. La guerra es inmisericorde. Y naturalmente, en cada ciudad, en Vorónezh, Kursk, Moscú, Tambov, en todas partes, el hecho de librar una lucha a muerte se refleja en que el Comisariado de Instrucción Pública paga el pato, como el de justicia, como la seguridad social. No sólo se les cogen medios materiales; se les quitan hombres, los mejores cuadros, para enviarlos al frente.

Cuando los cuadros soviéticos se quejan de que hemos reclutado maestros de escuela, argumentando que estos maestros son necesarios, son buenos maestros proletarios, yo les respondo invariablemente: “Serán también, sin duda, excelentes oficiales rojos y no os los devolveré.” Recibí un telegrama de los empleados de las cajas del servicio hospitalario quejándose de que les habíamos quitado los mejores médicos. Nosotros tenemos necesidad de médicos ante todo para el ejército, y los médicos buenos de ese servicio serán médicos buenos para los soldados. El que Rusia se haya convertido en campamento militar se traduce en que todo eso pueda ocurrir, en que tanto los medios materiales como las fuerzas individuales son concentrados, movilizadas, y hay que seguir haciéndolo con energía redoblada. Además, debe ser movilizad la conciencia misma de los activistas soviéticos, para que todos comprendan y sientan que *en el frente sur se decide ahora el destino de nuestro país*. Si flaqueamos aquí, si perdemos pie, no quedará nada de los servicios hospitalarios ni de la instrucción pública. La cosa es clara. Tenemos

que asegurar la posibilidad misma de existir, y por consiguiente de poder hacer labor cultural. De ahí que todas las fuerzas y todos los medios deban ser para el ejército.

Yo sé que los camaradas de Vorónezh han hecho mucho, pero permitidme decir que no todo. El trabajo puede y debe ser hecho de manera más centralizada e intensa. Hubo un momento en que surgió entre vosotros la cuestión de evacuar Vorónezh. Esa cuestión no debe ni puede plantearse. (*Aplausos.*)

Vorónezh no puede ser evacuado bajo ninguna condición, en ninguna circunstancia. Tiene que ser defendido. Debéis hacer aquí lo que hacen los sóviets en toda la región del Volga, instruidos por la amarga experiencia de la insurrección checoslovaca. Allí cada ciudad se transforma ahora en fortaleza. Los obreros aprenden la instrucción militar. Una parte de los obreros se convierte en guarnición, distribuida en los diferentes sectores de la ciudad. Cada sector tiene su comandante en la persona de un obrero revolucionario de confianza. Cada obrero sabe dónde acudir en el momento de peligro, qué trinchera ocupar. En una palabra, las ciudades del Volga son ahora fortalezas, y si la suerte militar nos fuese adversa o si (admitiendo lo imposible) el enemigo llegara de nuevo al Volga, desde el este, se encontraría allí con una línea de fortificaciones contra la que se rompería los dientes.

Y vosotros, camaradas, siguiendo ese ejemplo, debéis convertir a Vorónezh en una de las fortalezas del sur. La clase obrera de las fábricas y ferrocarriles de Vorónezh debe ser la guarnición de la fortaleza.

He ahí la primera y más inmediata tarea de las autoridades militares locales junto con el sóviet y con todas las organizaciones sindicales y fabriles: transformar Vorónezh en una fortaleza segura del frente sur. No dudo que esta tarea será ejecutada. La obligación del sóviet provincial es asegurar en toda la provincia el funcionamiento de los ferrocarriles. Los cosacos penetran hasta la vía ferroviaria con ayuda de los kulaks de las aldeas próximas. Hay que vigilar más estrechamente la franja ferroviaria. Los kulaks de los poblados situados a lo largo del ferrocarril deben ser hechos responsables directos de la inviolabilidad de la vía. Ved las últimas insurrecciones de kulaks en vuestra provincia: se han producido, como una lengua de fuego a lo largo de las vías ferroviarias. Es un método que los cosacos y kulaks, bajo la dirección de oficiales, han extraído de la experiencia de la ocupación alemana de Ucrania, durante la cual los alemanes se apoderaban de los nudos ferroviarios. Para luchar contra ese método de rebelión basta con un mínimo de fuerzas.

Siguiendo ese modelo fue urdido un complot que debía estallar en el aniversario de nuestra revolución de octubre. Todas esas insurrecciones: la de una banda de marineros en Petrogrado, las de kulaks en diferentes lugares, en varias provincias, representan (el hecho está ya establecido) esquirlas aisladas de un gigantesco plan de insurrección no llevado a cabo, preparado para el aniversario de la revolución. *Pero en Petrogrado estalló prematuramente. La organización no aguantó.* También en otros lugares la sedición se produjo antes de tiempo, siendo aplastada. Pero mañana puede recomenzar y sería a lo largo de las vías ferroviarias. Habrá rebeliones mientras haya frente sur. La única manera de acabar con los levantamientos de kulaks es liquidar el frente sur, gran esperanza de la burguesía y de los kulaks. Aquí, al frente sur, han sido enviadas importantes fuerzas militares. Daremos aún a nuestro frente de Vorónezh decenas y centenas de cuadros de vanguardia para que sean comisarios en los regimientos, comandantes, simples combatientes; cuadros que influirán sobre todo con el ejemplo de su valor. Entonces tendremos fuerzas suficientes para liquidar las bandas cosacas de una vez y para siempre. Tenemos la obligación de vencer, porque en el frente sur se decide ahora la suerte no sólo de la revolución rusa sino de la revolución mundial en los próximos años. Si permitimos

a nuestros enemigos fortalecerse aquí y estrangularnos, las consecuencias serán muy graves para la clase obrera de todos los países.

¡Camaradas! Nosotros estamos ahora, a semejanza de un faro, situados a una gran altura. Se nos quiere hacer caer cueste lo que cueste. El hecho de habernos mantenido hasta ahora, rodeados de enemigos, provocó finalmente la explosión revolucionaria en Alemania y en Austria-Hungría. Si cayéramos, la cosa proporcionaría gran ventaja a nuestros enemigos de clase y sería un golpe terrible a nuestros amigos en todo el mundo. ¡Camaradas! No tenemos derecho a caer. Nos hemos elevado demasiado alto. En tanto que poder soviético, en tanto que partido, hemos adquirido compromisos demasiado grandes ante la clase obrera internacional. Tenemos la obligación de vencer. Y puesto que es aquí donde se sitúa ahora nuestro frente más decisivo, a este frente debemos darle todo lo que haya. Vosotros haréis este frente inexpugnable. Más todavía: vosotros daréis fuerzas que nos conducirán a Novochoerkask y Rostov, a Poltava y Jarkov, a Kiev. Y por Kiev pasa la vía directa para enlazar con la revolución austrohúngara, de la misma manera que la vía a través de Pskov y Vilna conduce derecha al enlace directo con la revolución alemana.

Ha terminado el periodo de retiradas en todos los frentes que se extendió desde la paz de Brest-Litovsk hasta las últimas semanas. Se ha agotado la tregua que nos concedió la historia. Cuando retrocedíamos, hasta ahora, acumulábamos fuerzas. Ahora tenemos el deber de lanzarlas a la acción. ¡Ofensiva en todos los frentes! ¡Ofensiva en el frente occidental, ofensiva en el frente sur, en todos los frentes revolucionarios! La historia trabaja para nosotros. Pero nosotros somos la fuerza viva de la historia. Desde el momento que estamos penetrados hasta la médula de las tareas que la historia nos asigna, no tememos a ningún peligro. La Rusia soviética cumplirá el compromiso que ha contraído ante la clase obrera internacional. Nosotros protegeremos, aseguraremos, conservaremos nuestra república soviética, como fortaleza de la revolución social, hasta su enlace con la revolución mundial.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es